



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## HOMILÍA XI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

16/VI/2024.

Muy apreciados hermanos:

Uno de los títulos que solemos dar a Jesús es el de *Maestro*. Al final del Evangelio que ha sido proclamado, hemos escuchado que *“Jesús con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra acomodándose a su entender: Todo se lo exponía en parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado”*.

Cuando predicaba, Jesús tenía en cuenta a sus oyentes, se adaptaba a su condición social y cultural; tenía en cuenta su entorno, la naturaleza, el trabajo que realizaban, pues Él quería que su mensaje fuera entendido por todos y produjera frutos. Jesús sabe adaptarse a la capacidad de entender que tienen sus oyentes. Y esta es una cualidad necesaria para todo el que enseña. Por eso, con mucha frecuencia, utilizaba parábolas para dar una enseñanza espiritual. ¡Jesús fue un gran maestro!

A nosotros también se nos ha confiado la misión de evangelizar, es decir, transmitir a otros el mensaje de salvación. Es necesario que evitemos dos peligros cuando predicamos, catequizamos o damos una clase:

- El auto-exhibicionismo, es decir, llamar la atención de los oyentes acerca de lo mucho que se sabe o de lo bien que se habla. De uno de esos decían los oyentes: *“tiene muy mala puntería, dispara siempre muy por encima del blanco”*. Es bueno que siempre recordemos las palabras de San Pablo: *“no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor y a nosotros como siervos de ustedes por Jesús”* (2 Co 4,5).

- El contentarse de predicar, sin preocuparse si entendieron o no. Por eso, Jesús *“a sus discípulos les explicaba todo en privado”* y profundizaba cuanto había predicado a la multitud. Incluso, después de la resurrección, en varias oportunidades dijo a sus discípulos *“no se recuerdan que les había dicho...”*.

En mi ministerio sacerdotal, recuerdo con cariño una catequista de primera comunión, María, quien tenía más de 70 años, había cursado sólo la primaria y no había participado en la Escuela de Catequesis, pero tenía el don de dar catequesis, con tal unción, que todos, incluso los niños más rebeldes, querían recibir de ella las catequesis. ¿Cuál era su secreto? Era una mujer humilde, amaba lo que hacía, se preocupaba por los oyentes y se cercioraba que sus interlocutores no sólo aprendieron mecánicamente la doctrina, sino que la pusieran en práctica.

El Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica ‘La Alegría del Evangelio’ nos sugiere: *“Quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta. De esta manera, la predicación consistirá en esa actividad tan intensa y fecunda que es «comunicar a otros lo que uno ha contemplado»*. Por todo esto, antes de preparar concretamente lo que uno va a decir en la predicación, primero tiene que aceptar ser herido por

*esa Palabra que herirá a los demás, porque es una Palabra viva y eficaz...*” (EG, 150).

Me detendré, en esta oportunidad, en la primera parábola: el crecimiento de la semilla no se ve. ¿Cuáles enseñanzas podemos sacar de ella?

- Dios es el labrador y nos ha encargado esa misión de sembrar la semilla y cuidarla, para que germine, crezca y dé abundantes frutos.
- Hemos de tener en cuenta que el labrador, cada uno de nosotros, no tiene la capacidad ni el poder para hacer germinar y crecer la semilla. Ni siquiera sabe, ni entiende cómo es que germina y se desarrolla. El secreto lo guarda la semilla dentro de sí. No somos nosotros los que creamos, desarrollamos y hacemos crecer el reino de Dios. Colaboramos, hacemos lo que nos corresponde, pero como dice San Pablo: *“Yo planté, Apolo regó; pero el crecimiento ha sido dado por Dios. Así que ni el que planta es algo ni el que riega sin que Dios dé el crecimiento”* (1Cor 3, 6-7).
- El crecimiento del reino es imperceptible, gradual. Como una planta que no la vemos crecer día a día: crece, pero no la vemos crecer. Nos damos cuenta posteriormente. Así sucede con el Reino de Dios.
- El crecimiento es inevitable e imparabile, no depende totalmente de nosotros. El Reino, como la semilla, tiene una fuerza portentosa. Los árboles, lo hemos visto, rompen pavimentos y paredes. Hay semillas que, incluso, pueden germinar en el asfalto, y abrirlo. Así también, sucede con el reino de Dios: irrumpe en lugares insospechados.
- El proceso de germinación, crecimiento, florecimiento y producción de frutos requiere tiempo, para que podamos recoger la cosecha. Se requiere tener esperanza y paciencia. A veces, en nuestra labor misionera, queremos ver los productos inmediatamente o queremos acelerar procesos, lo cual puede ser contraproducente. Por el hecho de echarle más agua a una semilla sembrada en tierra no quiere decir que germinará más rápido; todo lo contrario, con esa acción podríamos hacer pudrir la semilla y matarla.
- El Señor nos pide que seamos perseverantes, no temerarios. Estos días, fui a un vivero y pregunté el precio de una planta y me pareció muy alto. Pregunté ¿por qué? Y me respondieron: porque tarda mucho en germinar y crecer, requiere más cuidado. Así es nuestra labor evangelizadora: ino la abaratemos!, es algo muy valioso.

La parábola termina diciendo que *“vendrán aves de todas partes a cobijarse sobre el árbol”*.

Se cuenta que en el siglo XIV encargaron a un pintor que pintara en una iglesia el reino de Dios como un gran árbol, bajo el cual se cobijan muchas personas. El artista se dedicó con toda el alma a pintar su cuadro. Pero cuando ya estaba para terminarlo tuvo un sueño: vio que Nuestro Señor Jesucristo se le aparecía y le decía: *“veo un defecto en tu cuadro: sólo has colocado allí personas vigorosas de raza blanca y de 20 a 50 años. ¿No ves que mi reino cobija también a los negros,*

*amarillos y a los morenos, a los niños, ancianos y a los enfermos? A todos ellos los quiero en mi reino”.*

El pintor quedó muy emocionado por este mensaje del cielo y transformó completamente su cuadro, colocando bajo el árbol del Reino de Dios a personas de todas las razas y de todas las edades, y también a enfermos y mendigos.

El Papa Francisco insiste que en la Iglesia caben todos, todos, todos, ninguno queda excluido pues Jesús murió por todos y la Iglesia es madre. En los últimos años, ha pedido a todos los bautizados a acoger a las personas que tienen una preferencia homosexual. *“Hay que aplicar a cada uno la actitud pastoral más adecuada. No debemos ser superficiales e ingenuos, obligando a las personas a cosas y comportamientos para los que aún no están maduras, o no son capaces. Acompañar espiritual y pastoralmente a las personas requiere mucha sensibilidad y creatividad. Pero todos, todos, todos, están llamados a vivir en la Iglesia: no olviden nunca”.*

Queridos hermanos, Jesucristo inició a predicar el Reino de Dios con 12 Apóstoles, ahora somos muchos los que pertenecemos a ese reino. A nosotros se nos ha confiado la misión de evangelizar, de hacer que el mensaje de la salvación llegue al mayor número de personas a fin de que el reino de Dios crezca aquí en la tierra. ¡El Señor ha sembrado esa semilla en nuestro corazón!

Es necesario unir la ayuda que Jesús nos brinda y el esfuerzo personal, sabiendo que lo más importante lo hace Dios. Tengamos en cuenta esta máxima que se suele dar en los ejercicios espirituales: En el trabajo evangelizador: *“Dios pone casi todo, nosotros ponemos casi nada; pero Dios no pone su «casi todo» si nosotros no ponemos nuestro «casi nada».*

Como dicen los cursillistas: *“Dios cuenta contigo. Y yo con su gracia”.* Así sea.

+   
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Cabimas



**Prot. 2024/133**